

Recordar, compartir, aprender

Oviedo

Esteban Armayor, 74 años

Ana Isabel González Ferrero, 35 años

PRISIONERO DEL RECUERDO

Siempre quise ser libre y, sin embargo, he vivido siempre prisionero. Prisionero en un país que me empujaba a ir en contra de mis convicciones, cautivo en una isla paradisíaca convertida en tablero de juego de unos pocos. Hoy, preso del recuerdo de sus ojos de mar. Parece mi sino. Aún puedo verla, olerla, noto su presencia, pero me siento vacío y solo. No puedo tocarla, ahora es etérea y aún no lo asumo. La costumbre, supongo.

Sólo deseo irme con ella allá donde esté.

Parece que fue ayer cuando tomé aquel barco en Gijón y, sin embargo, hace más de cincuenta años. Treinta días de duro viaje, los treinta mareado hasta llegar a Cuba y hasta llegar a ti.

Juntos aprendimos a sobrevivir discrepando en voz baja, a compartir cuanto teníamos, a sonreír al amparo de un arroz con frijoles negros, a claudicar. Contigo conocí la calle Neptuno y el Paseo del Prado, descubrí al José Martí poeta y patriota, despedí a Batista, admiré al Ché y me crucé con el 'Caballero de París', personaje único y único mendigo ya en la Habana revolucionaria.

Me pregunto qué hubiera sido de esta isla si Hatuey hubiera triunfado. Aunque me temo que Cuba, Juana o Fernandina, reunía demasiados encantos como para dejarla escapar.

Tres siglos y medio de esclavitud, más años de opresión, de incesantes abusos de poder, de desencuentros y reproches internos, un pueblo acostumbrado a ser dominado, incapaz de dominarse.

Recuerdo los primeros años de revolución. Nos debatíamos entre la esperanza y la incredulidad. El dulce sabor de la independencia, de la igualdad social y racial, la agradable sensación de tener al fin una vivienda digna, un trozo de terreno propio, un médico en el pueblo, una escuela. Parecía que la isla volvería a ser de los isleños.

Alguien podría haber mencionado entonces la palabra sostenibilidad. Alguien debería haberse preguntado a qué precio podría mantenerse todo aquel mundo de justicia social gratuita y todo aquel alarde de solidaridad para con los pueblos hermanos oprimidos.

Cuántos cubanos muertos dentro y fuera de casa, cuántas cárceles llenas de compatriotas que simplemente defendieron sus ideales.

Cada día la represión oculta planeaba en paralelo junto a nuestra ansiada libertad. Y ahí estaba yo, contigo, siempre contigo observando todo aquello desde dentro y desde fuera, desde tus ojos cubanos, desde los míos y desde los de tantos con quienes compartimos inquietudes, sinsabores, unos 'buchitos' y tardes de conversación.

Pero a qué precio. En ocasiones las doctrinas están condenadas a no pasar de la teoría. A veces es preciso reinventarlas, otras son simplemente una utopía.

A estas alturas no sé si la historia le absolverá, quizás él también se lo pregunte. No sé si Ernesto, aquel hombre realmente poseído por una causa, portador de la antorcha libertaria del Hombre Nuevo, habría aprobado sus actos, pero ésa es otra historia.

¿Ves? Hoy soy libre para decirlo, para gritarlo a los cuatro vientos, pero ya nada importa porque no estás aquí para hacerlo juntos. Tu ausencia lo llena todo y no veo el momento de reunirme contigo. Ése es mi sueño recurrente.

29 de abril. De pronto vuelvo a la realidad y me encuentro en este mi país, en el que por fortuna ya nadie está obligado a vestir de verde caqui, en la residencia en la que pasamos juntos los últimos tres años, sentado



en esta sala llorando junto a una desconocida. Viene a escuchar mi historia, nuestra historia, la de tantos. Lloramos cogidos de la mano como dos amigos, en confianza, y, sin embargo, acabamos de conocernos. Lloro por ti y ella ¿por qué llorará? Estoy confundido y no puedo articular palabra, no me sale la voz. Nada me importa, no estoy.

Aquella mañana de abril tomé un tren para encontrarme con mi pareja literaria. Llegué al lugar convenido y pregunté por él. Le vi venir y me acerqué presentándome con mi soltura habitual, pero mi sonrisa se vio correspondida por una tristeza infinita. Frente a mí tenía a un hombre abatido, devastado, ido. Nos acomodamos en una sala y lloramos sin cesar durante las casi dos horas que estuvimos juntos. Él tenía sus razones pero la voz no le salía, sin embargo, entendí que debía acompañarle en aquel trance.

Más tarde conocí sus motivos y supe también del verdadero sentido de mi presencia allí, pero ésta, es ya otra historia.

Me gustaría dedicar, con todo mi respeto, este escrito a Florencia, mujer de Esteban, porque sin duda ella es el motor indiscutible del mismo.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

De la vida, lo que realmente merece la pena es poder compartirla con alguien especial. He tenido la gran suerte de vivir cincuenta años junto a una persona maravillosa y siendo tan feliz que, ahora que no está, siento que la vida no tiene valor, que todo se ha terminado para mí. Espero poder irme junto a ella para que nuestra historia continúe.